

flanco escarpado del cabo Misena y llegamos á la *Piscina mirabile*. Este monumento, el único bien conservado de toda la costa, es digno del nombre que lleva y de los Romanos que lo construyeron. Es un receptáculo que suministraba agua dulce á la flota estacionada en el cabo Misena. Forma un paralelogramo y descansa en cuarenta y ocho pilastras dispuestas en cuatro filas de arcos cuádruplos de una altura extraordinaria; su longitud es de 216 piés. La bóveda está perforada por trece aberturas por las cuales se presume que se tomaba el agua. Dos escaleras conducen hasta abajo, y el viajero puede ver de cerca la belleza del edificio y la solidez que le da la fuerte cápa de estalactita depositada en todas sus partes. Han sido necesarias sumas enormes para construir esta piscina, y más enormes todavía para conducir allí el agua de muchas millas de distancia á pesar de inmensos obstáculos.

Pero se concibe que los Romanos no retrocedieron ante dificultades y gastos; la piscina era necesaria á su flota, y su flota era necesaria á la seguridad del imperio. Tres grandes estaciones marítimas, ligadas por puntos intermediarios, formaban un vasto sistema de defensa. La primera, establecida en Frejus, *Forem Julii*, protegía la Italia por el lado de las Galias; Augusto la formó primitivamente con navíos tomados en la batalla de Actium. 1 La segunda estaba en Ravena; dominando las costas del Adriático, oponía una barrera á las incursiones de los bárbaros del Norte. La tercera, fijada en Misena, uniéndose con la de Frejus, debía mantener la seguridad de los mares desde el estrecho de Mesina hasta las columnas de Hércules. Estas tres flotas fueron establecidas por Augusto á quien se debe la conclusión del puerto de Misena, comenzado

1 Suet., Aug., 49.

por César. Este puerto magnífico, terraplenado en parte, lleva el nombre de *Mare-Morto* que le conviene hoy.

Si la vista de la Piscina da una alta idea de la magnificencia romana, las ruinas que están allí cerca de los *Cento camerelle*, dan una alménos igual de su barbarie. Los Cento Camerelle son un edificio llamado así á causa de que contiene un gran número de piezas oscuras y de largos corredores igualmente privados de luz. Un viajero frances, que lo habia visitado cuatro años ántes que nosotros, lo ha descrito bien; le dejaré hablar: «Después de haber examinado bien este edificio, es difícil asignarle otro destino que el de una prision, y entónces se apodera de uno la tristeza al ver con qué barbarie y con qué olvido de todos los sentimientos de humanidad debían ser tratados allí los prisioneros, principalmente en cuatro largos calabozos de dos metros de longitud, que se cortan en ángulos rectos y que son espantosos. La inspeccion de los lugares hace creer que los detenidos estaban allí sentados en el suelo, puestos uno junto á otro y probablemente encadenados, como los esclavos africanos en el entrepuente de un navío negrero. En el punto de union de estos calabozos, una claraboya permitía ver todo lo que en ellos pasaba, en el supuesto de que fuesen iluminados con lámparas; este era un ensayo del sistema panóptico adoptado en muchas prisiones modernas. Delante de esta construccion hay dos hileras de arcos que parecen haber estado destinados al alojamiento de soldados de guardia y á los carceleros. Este horrible monumento confirma una observacion hecha muchas veces por diversos escritores; es esta: que los antiguos en sus perfeccionamientos sociales no atendían más que á las necesidades de las poblaciones consideradas en masa, y estimaban en muy poco los intereses y los sufrimientos de los

individuos. El cristianismo es el único que habiendo proclamado que todos los hombres son hermanos, da la importancia que conviene á cada miembro de la familia.» 1

Los famosos *Campos Eliseos* se extiende desde el *Mare-Morto* hasta el lago *Fusaro*, el antiguo *Aqueronte*, colocado del otro lado de la llanura. Estos lugares tan bellos bajo la pluma de Virgilio, aquellos jardines deliciosos regados por bellas fuentes, plantados con arbustos siempre verdes y adornados con soberbias tumbas, no son más que una viña mal cultivada. No quisimos dejar á Misena, sin visitar las ruinas de la casa de Lúculo, célebre por la muerte de Tiberio. El 13 de Marzo del año 55 de Nuestro Señor, después de haber asistido Tiberio á los juegos dados por los soldados de su guardia, se sintió atacado de un violento dolor de costado y entra á la antigua vila de Lúculo. Le llevan allí las actas del senado, se irrita y se pone á meditar nuevas crueldades. Maeron, prefecto del pretorio, manda que se arrojen al viejo emperador cojines y colchones bajo los cuales hace que se sufoque. 2 Así murió Tiberio, en su septuagésimo octavo año, enfrente de aquella isla de Capri á la que hizo tristemente inmortal por diez años de crueldades y de desórdenes igualmente increíbles.

Durante nuestra excursion, los marinos habian hecho cocer sus maccaroni y los habian llevado á la barca. Apenas subimos, cuando izaron la vela y dejándonos ir dulcemente con la brisa de la tarde, se pusieron á consumir, como se habian convenido, en presencia nuestra, el manjar favorito del napolitano. Para tener una idea de esta escena gastronómica conviene representarse á aquellos barqueros de esquí

1 M. Falchiron: *alrededores de Nápoles*, 1838, p. 290.

2 Tacit., VI, 50, Suet., Tib., 72-73, Dion. lib. LV, III.

na, quienes con admiracion de la multitud engullen con una destreza maravillosa varas de cintas ó espadas desnudas. Con la misma facilidad nuestros marinos hicieron correr por las profundidades de sus gargantas las interminables *varmi* de pasta aceitosa, que subía desde la jarra en que estaban enrollados y pasaban por sus manos levantadas encima de la cabeza á guisa de polea. La operacion, imposible para cualquiera otro, fué ejecutada en un abrir y cerrar de ojos: «Excelencias, nos dijeron ellos entónces con un aire satisfecho: ¿no es verdad que no sentís ménos vuestras monedas? Benditos seais, nobles señores; y se pusieron á cantar.

Miéntas repetían sus alegres estribillos echamos una última mirada á las costas de Baja, como para fijar en nuestro espíritu, con la imágen de aquellos lugares célebres, los numerosos recuerdos que traen consigo. La costa parecia arrojarlos estas tres palabras: ¡Lujo desenfrenado! ¡voluptuosidad! ¡crueldad!

La antigua Baja, sentada en el centro de los bosquecillos de mirtos y de laureles, llegó á ser muy pronto insuficiente para todos aquellos que querían tener allí casas ó simplemente arrendar habitaciones. Se levantó, pues, una segunda ciudad tan considerable como la primera, compuesta toda de vilas de una magnificencia real, contiguas unas á otras, dominaban el lago Lucrino y muchas se avanzaban hasta sus ondas. No habia una que no hubiese costado sumas inmensas; la de Mário, que pasó á Cornelia, madre de los Gracos, fué vendida á Lúculo en 460,870 francos 1 (52,162 pesos.)

Desde los primeros días de la primavera llegaba la multitud. Una comarca que encerraba tantas aguas saludables, no estaba poblada sin duda más que de gotosos; parálíticos, heridos y personas tristes y pá-

1 Plutarch, in *Mario*, c. 60.

tidas; en una palabra, de enfermos de todo género. Tal vez así fué al principio, pero á fines de la república y bajo el imperio, allí se encontraban más gentes sanas que enfermas, y estas bellas campiñas eran una morada de placer más bien que de dolor. 1.

Calígula iba allí á dar al mundo espectáculo de sus ruinosas extravagancias. Neron se trasladaba á aquel lugar acompañado de mil carruajes y de dos mil mulas cargadas de dinero; Popea le seguía rodeada de quinientas asnas cuya leche componía el baño de la cortesana, con objeto de hacer su cútis más blanca y más suave. 2. Todos los grandes del imperio marchaban siguiendo las huellas de su señor, y variaban sus placeres según sus caprichos. Unos hacían cavar piscinas semejantes á dos palacios; su gusto estaba en alimentar en ellas, haciendo grandes gastos, los pescados más raros. Hortensia hubiera consentido más bien en sacar de su caballeriza mulas de tiro para dárselas que en hacer lo mismo con un solo viejo barbo de su piscina. La salud de sus pescados le era más querida que la de sus esclavos; cuando los primeros estaban enfermos, se inquietaba mucho más de que no tuviesen agua demasiado fría que hacerla beber á los últimos. 3. Craso, que pasaba por un hombre grave; Craso, hombre censorial, se puso listo por una lamprea muerta en su casa y la lloró como hubiera llorado á su hija. 4. Esta degradación era ya general en los tiempos de Ciceron. «Nuestros grandes, escribe el célebre orador, se muestran tan contentos como si se trasladaran al cielo, cuando están en sus piscinas de viejos barbos que van á comer en la mano, y no se ocupan de los negocios del Estado.

1 Strab., V., p. 255 Dion. XLVIII p. 442.

2 Plin., I, XI, 41.

3 Varron., R. R. III, 17.

4 Macreb., Saturn., II, 11.

.1 «Antonia, nuera de Tiberio, ponía aretes á sus lampreas que amaba con pasión.» 2.

Pero en general la sociedad que se reunía en Baja se entregaba á una vida más voluptuosa. La reputación de aquel lugar estaba tan bien establecida, que bastaba respirar su aire para perder todo sentimiento de pudor y de virtud. 3. Es «preciso huir de Baja, decía Séneca, esa es la cloaca de todos los vicios, *diversorium vitiorum*; la prostitución hace de ella su teatro; en ninguna parte se muestra más emprendedora, ni se presenta con más libertad, como si esta vida licenciosa fuera en aquellos lugares una deuda indispensable. 4. Se encerraban todos durante el calor del día, pues por la tarde todo el mundo salía. Entonces el Laverno y el Lucrino se llenaban de bañadores y bañadoras que unían al placer del baño el de la natación, y surcaban á nado la superficie trasparente y dócil de aquellas hermosas aguas. 5. En medio de aquella multitud de hombres y de mujeres que podían haberse tomado por los tritones y las nereidas de aquellos lagos, se deslizaban millares de pequeñas barcas de todas formas y de todos colores. Los paseos se prolongaban hasta muy tarde; se comía en el agua, se perfumaba el lago con rosas deshojadas que casi ocultaban á la vista sus ondas. Orquestas colocadas en las orillas del lago ó escalonadas en el flanco circular de las montañas, acompañaban con sus conciertos aquellos paseos y aquellas comidas; y durante toda la noche solo se oían sinfonías y canciones líbricas, repetidas por los ecos de los alrededores. 6.

Me engaño, á los cantos de la voluptuosidad mezclaba la crueldad de su lúgubre voz.

1 *Ad Attic.*, II, 1.

2 Plin. IX, 53.

3 Ciceron *pro Caelio*, 20; Mart., I, 63.

4 *Epist.*, 51.

5 Propert., I, 11, V., 11.

6 Senec. *Epist.*, 15, etc., etc.

En aquellas orillas encantadas corría la sangre humana en honor de Augusto, Macron sofocaba á Tiberio, Calígula arrojaba á sus cortesanos á las olas, y Neron mandaba el asesinato de su madre.

¡Lujos! ¡deleites! ¡crueldades! tales fueron las últimas palabras con las cuales resumieron Pouzzoles y Baja á la brillante sociedad que habitó sus riberas al descender ésta á las sombras de la noche.

22 DE FEBRERO.

Pompeya. —Historia y ruina de la ciudad. —Aspecto general. —Impresiones. —Exámen de los edificios religiosos, civiles y privados. —Reflexiones.

«En Pompeya, la antigüedad no es aquella antigüedad vaga, remota, incierta, esa antigüedad de las ruinas mutiladas de Pouzzoles, de Baja y de otros países; menos todavía aquella antigüedad de los libros, de los comentadores, de los arqueólogos; es la antigüedad real, viviente, en persona, si puede llamarse así; se la puede seguir, ver y tocar.» Antes de llegar á esta ciudad, única en el mundo, nos pareció conveniente conocer su historia. Pompeya, situada al pié del Vesubio, sobre el río Sarno, era una de las ciudades más importantes de la Campaña. Su posición hacia que formara el centro comercial de Herculano, de Stabia y de Nuceria, contaba cerca de veinticinco mil habitantes. Fundada por los Etruscos ó los Griegos, fué convertida en colonia romana por Syla, y llegó á ser, como todos los alrededores de Nápoles, una morada de delicias para la alta sociedad del imperio. Ciceron, que tenía vilas en todas partes, tenía una en Pompeya, cuyas comodidades y cuyo gusto iguala á él á la villa de *Tusculum*: *Tusculum et Pompcianum valde me delectant*. El año 63 de la era cristiana, un temblor de tierra causó grandes perjuicios en Pom-

peya; pero sus huellas habían ya desaparecido casi completamente, cuando la terrible erupción del Vesubio del año 79 hundió aquella desgraciada ciudad, así como á Herculano y á Stabia; Herculano era, según se dice, una ciudad de cuarenta mil almas; la población de Stabia no es muy conocida. Para asistir en cierto modo á la espantosa catástrofe, cuyos efectos íbamos á reconocer después de mil setecientos años, nos vino el pensamiento de leer la descripción en Dion Casio y en Plinio el Joven, testigo ocular.

Hé aquí sus palabras: «El 1.º de Noviembre del primer año del reinado de Tito, una hora después del medio día, se percibió por el lado del Vesubio una gran nube de una forma singular y que semejante á un pino, se levantaba desde luego á una altura considerable y formaba como un tronco, desde el cual se escapaban muchas ramas. Esta nube era ya blanca, ya ceniza, ya sembrada de manchas. Entretanto, todo se hacía espantoso en la naturaleza; la tierra temblaba; la cima de las montañas ondulaba; había ruidos subterráneos semejantes al ruido del rayo, que se mezclaban á largos mugidos que hacían resonar las costas del mar; el suelo se calentaba, el golfo de Nápoles hervía y el cielo tenía color de fuego; parecía que todos los elementos desencadenados se hacían una guerra en que los hombres iban á ser víctimas. Repentinamente el fuego subterráneo, causa de aquella terrible conmoción, venció los obstáculos y el Vesubio lanzó á los aires piedras de un tamaño prodigioso que rodaban desde lo alto de la montaña. Salieron del cráter columnas de llamas y bien pronto fueron seguidas de un humo tan espeso que oscureció el sol y cambió el día en una noche espantosa.

Entonces el espanto llegó á su colmo; cada cual creía llegada su última hora. Créase ver en aquellas horribles tinieblas